



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9702

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

MIÉRCOLES 7 DE MARZO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorete, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

## LA CUESTIÓN DE MELILLA Y LA LEGIA JABONOSA DE JOSÉ IGNACIO MIRABET.

Son dos cosas completamente distintas; pues mientras nuestras tropas salen de Melilla, cada día llegan á Cartagena mayores partidas de la sin rival Legia Jabonosa, vendiéndose en los puntos siguientes:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; Droguería de D. Juan Vilagrán, calle del Carmen; D. Tomás Seva, calle de Osuna; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Andreu Costa, San Francisco esquina Palas; Sra. Viuda é hijos de Pico, plaza de las Verduras; don José García y García, calle del Carmen esquina á la de San Roque; Droguería de D. Adolfo Fernández, calle de San Miguel esquina á la de Jara; D. José Casanovas, Serreta 5; D. José Pagán, Aire 8; D. Víctor Martínez, plaza del Sevillano 5; Droguería de los Sres. Cánovas hermanos, Mayor 18; D. Francisco Balibrea, Serreta frente á la Caridad; D. Agustín Conesa, calle de Canales; Don Angel Solano, enfrente de la Caridad; D. José León Costa, Duque esquina á la plaza de San Leandro; Droguería calle del Duque núm. 17; D. Antonio Navas, calle de la Palma; Sra. Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. Ginés García Canabate, Caballos 1; D. Juan Roca, Lizana 1; D.ª Francisca Rubio, plaza Roldán; D. Juan Cecilia, Angel 36; D. Gerónimo Martínez, calle del Aire 2; D. Ginés Ros Barbero, Cuatro Santos 15; D. José Guillén, San Fernando 57; D. Cecilio Cutilas, Serreta.

Para los pedidos dirigirse al único representante en las provincias de Albacete, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Giménez de Berenguer, San Fernando 39, pral. Cartagena.

## NOVEDADES

EN EL

MUSEO COMERCIAL.

Romanas privilegiadas empezando por cero. Gran precisión.—Hornillos para planchadoras, sastres y sombrereros para calentar 6 planchas simultáneamente y sirve á la vez de cocina.—Catres de campaña con somiers que pueden trasportarse fácilmente.—Cocinas con horno muy económicas.—Mosaicos de madera para sustituir el alfombrado.—Estufa Choubertki nuevo modelo.—Gas y electricidad.—Aparatos para el alumbrado.—Lámparas para salón y gabinete alta novedad.

PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

## SOCIEDADES COOPERATIVAS.

Disto mucho el salario de ser el ideal de la retribución del trabajo. Cuando crece la oferta de brazos, representada por el número de obreros que solicitan colocación en la industria, los salarios disminuyen;

cuando crece la demanda, representada por la suma de capitales activos, los salarios aumentan, y en ambos casos, la ley de la concurrencia, una mal entendida libertad del cambio, dan lugar á continuas injusticias. Por eso ha sido objeto de apasionadas censuras y los socialistas concluyen por decir que el salario es la última forma de la esclavitud.

La participación en los beneficios, aunque no siempre fácil, establece entre los agentes de la producción una comunidad de intereses que no consiente el salario. Este sistema mixto que agrega á la retribución fija una parte de las ganancias logradas en la industria, es un principio de armonía en las relaciones económicas; pero solamente las Sociedades Cooperativas la consiguen completa, dando solución á la antinomia entre el capital y el trabajo.

Reunidos los obreros con el propósito de mejorar su condición moral y material, se constituyen en Sociedad Cooperativa de producción, para ejecutar en su nombre y bajo su dirección, por su cuenta y riesgo los trabajos industriales. Por medio

del ahorro y las cotizaciones individuales y por medio del crédito que logra inspirar la garantía colectiva, estas Sociedades adquieren el capital necesario para comenzar modestamente las operaciones. Certo que su establecimiento tropieza con no pocas dificultades: la situación precaria de los obreros, que hace para ellos muy difícil la obtención del capital y del crédito, es entre todos el mayor; pero no es seguramente imposible de vencer.

Las Sociedades de consumo que se proponen adquirir directamente de los productores, en gran escala, los artículos de primera necesidad para venderlos sin el sobreprecio que imponen los intermediarios, contribuyen también, abaratando el coste de las subsistencias, al mejoramiento de las clases obreras.

Las de crédito, que son propiamente cajas de ahorro, facilitan á los trabajadores préstamos, bajo la garantía de una laboriosidad y honradez notoriamente conocidas.

Cada uno de esos tres tipos de Sociedades ha tenido su realización: las de producción son las más populares en Francia; las de crédito son las más extendidas en Alemania é Italia, gracias á la propaganda activa de Schultze Delitzsch, y las del consumo han alcanzado gran desarrollo en Inglaterra.

Según los datos de Mauricio Block, en Francia hay constituidas 100 cooperativas de producción, 60 en el departamento del Sena y 40 en las restantes provincias. En Alemania el número de las de crédito, sistema Schultze Delitzsch, ascendía en 1890 á 1072, con 518.003 asociados, sumando los préstamos realizados 1.641.574.191 marcos, ó 5111 marcos por cada asociado, Mr. Raiffeisen ha continuado con noble filantropía la obra de Schultze, fundando pequeñas Sociedades de préstamos para los cultivadores, con la base de una garantía solidaria.

En 1885 la estadística de las So-

ciudades Raiffeisen daba un número de 245 constituidas, 24.466 asociados y 4.116.118 marcos por operaciones de crédito.

En Inglaterra las cooperativas de consumos abrazaban más de un millón de habitantes en 1893, en 1254 Sociedades cuyas ventas importaron más de 26 millones de libras esterlinas.

Las *building societies*, que tienen por objeto la construcción de casas para obreros, no son las menos importantes en aquel país, ni tampoco las menos numerosas, pues en 1889 llegan ya á 2544.

En nuestra patria el movimiento cooperativo viene teniendo poco desarrollo. Sin embargo, es por todo extremo digno de citarse el ejemplo de la *Obra matoronense*. Constituida en 1864 con 147 socios, halló en un principio grandes dificultades. Pero reorganizada en 1869 con un capital de 5.000 pesetas, la Matoronense comenzó sus operaciones de producción de hilados y tejidos de algodón, viendo desde 1871 prosperar de tal suerte los negocios, que cuatro años después había adquirido extensos terrenos y construido una magnífica fábrica en la cual se desarrolló hasta obtener una producción de géneros por valor de un millón de pesetas. Circunstancias muy lamentables que nada arguyen contra las excelencias del principio cooperativo, aunque dicen mucho en contra de nuestras costumbres refractarias á todo espíritu de asociación y de orden, provocaron la disolución de la que había comenzado bajo tan buenos auspicios.

No diremos que la cooperación sea el único remedio del hondo malestar social que hoy sentimos. Pero es seguramente un camino por el cual las clases trabajadoras, en gran parte, pueden salir de su condición de un mero vivir al día, para participar de las ventajas y de los beneficios de una civilización progresiva.

¡Ojalá que estas clases, cuyos sufrimientos tanto afectan á los corazones generosos, se convencieran de esta verdad, y en vez de dar oído á predicaciones insensatas, procurasen por mejoramiento moral y material por medio de la cooperación, que es virtud, porque se funda en el amor al trabajo y en el respeto á la libertad!

Juan Sala Boñán.

## TIJERETAZOS

Dice un periódico: «El hijo del Sr. Moret ha ingresado en el partido conservador.»

Pues es lo mejor para que todo se quede en casa.

Así, suban los liberales ó suban los conservadores, todo se queda en casa.

Sobre el castigo que el sultán trata de imponer á los causantes de la agresión á Melilla, dice un telegrama:

«El castigo parece que será terrible, por parte del sultán, para los instigadores de los atropellos contra España.»

El emperador, con el objeto de ahorrar los gastos que le ocasionaría una expedición militar al Rif, apelará á la astucia, cuyo medio ha comenzado ya á fructificar, por las artes de Maimón Mohatar y su sobrino, que se hallan á que pronto se hallarán en libertad.

A estos dos moros se confiará el encargo de llevar á Marrakes los jefes de las banderas que agredieron á los españoles.

Traidores entregados por traidores. No está mal.

Y después una maldición general y siego de cabezas.

¿A quién no le pone eso los pelos de punta?

Los abaniqueros de Valencia se han reunido para protestar de los tratados de comercio.

Cuidado con los abaniqueros. Porque como ellos se empeñen en hacer aire, lo hacen.

En Madrid han circulado rumores sobre conspiraciones en Valencia.

¿Tan pronto?

EL ULTIMO MOHICANO.

321

apresamiento, que hubiera podido ser peligroso en otro momento, en que el anciano estuviese menos preocupado con sus recuerdos.

—Si, contestó Munro, y pagó con la vida el hermoso presente que me hizo; pero es, una santa mas en el cielo caballero, y sentaría mal á un hombre que se encuentra al borde de la tumba, murmurar contra un fin como el que tuvo. No vivió conmigo mas que un año, termino bien corto de dicha para una muger que habia pasado toda su juventud en el pesar.

Munro calló, y su mudo sentimiento tenia algo de tan imponente y magestuoso, que Heyward no se atrevió á pronunciar una palabra. El anciano parecia haber olvidado que no estaba solo, y su agitado semblante denotaba su viva emoción, en tanto que gruesas lágrimas corrían á lo largo de sus mejillas.

Por fin pareció volver en si: se levantó de pronto, dió una vuelta alrededor de su habitación, como para tener tiempo de hallar la serenidad que la narración le habia hecho perder, y se aproximó á Heyward con aire de dignidad.

—Mayor, le dijo: no teneis que comunicarme un mensaje del Marqués de Montcalm?

Duncan se sobresaltó, pues aquel mensaje se hallaba muy lejos de su imaginación, pero empezó inmediatamente, aunque no sin cierta turbación, á dar cuenta de su conferencia. Es inútil insistir aquí sobre

320 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

ra, la violencia y la amargura; por muy buena, por muy virtuosa que sea, desdeñais mezclar la sangre de los Heyward con una sangre tan degradada, tan despreciable?

—Librame Dios de una preocupación tan indigna y falta de fundamento! contestó Heyward, aunque la voz de su conciencia le advertía en secreto, que aquella manera de pensar tenia en su corazón raíces tan profundas, como si hubiera sido plantada en el por las manos de la naturaleza. ¡La bondad, el candor, las gracias y la vivacidad de la mas joven de vuestras hijas, coronel Munro, os explican suficientemente los motivos que tengo, para que sea inútil acusarme de una injusticia.

—Teneis razón caballero, dijo el anciano tomando por segunda vez un tono mas dulce: es el vivo retrato de lo que era su madre á su edad, antes de conocer los pesares. Cuando la muerte me privó de mi esposa, volví á Escocia enriquecido por aquel matrimonio, y lo creais Duncan? encontré al angel que habia sido mi primer amor languideciendo en el celibato, tan solo por cariño hacia el ingrato que la habia olvidado: hizo aun mas, me perdonó mi falta de fé, y como era dueña de sus acciones, se casó conmigo....

—Y fue madre de Alicia! dijo Heyward con un

EL ULTIMO MOHICANO.

317

—Teneis otra hija, Señor, contestó Heyward: una hija no menos amable ni menos interesante.

—Alicia! exclamó Munro con una sorpresa igual á la que Duncan habia demostrado al oír el nombre de Cora.

—A ella es á la que se dirigen mis votos.

El joven esperó en silencio el resultado del extraordinario efecto que producía en el anciano guerrero una declaración que evidentemente no esperaba. Durante algunos minutos Munro recorrió la habitación á grandes pasos, como agitado por dolorosas reflexiones. Por fin se detuvo frente á Heyward, fijó sus ojos en los de éste, y le dijo con una emoción que hacia temblar sus labios:

—Duncan Heyward, os he querido por amor hacia aquel cuya sangre corre en vuestras venas. Os he querido por vos mismo, á causa de las buenas cualidades que os reconozco. Os he querido porque creí que podiais hacer la dicha de mi hija; pero todo ese afecto se cambiaría en odio, si estuviese seguro de que es verdad lo que me acabais de decir.

—No quiera Dios que yo pueda hacer, decí ó pensar la menor cosa, capaz de producir un cambio tan cruel! dijo Heyward, sosteniendo con firmeza las penetrantes y fijas miradas de su comandante.

Sin reflexionar en lo imposible que era para el joven, comprender los sentimientos ocultos en el fondo